



Víctor Davis Hanson. ***El fin de todo: Cómo las guerras conducen a la aniquilación*** (2025), Ático de los libros, 368 páginas.

Víctor Davis Hanson, historiador especializado en historia militar, nos lleva en este libro por un periplo de cuatro civilizaciones diferentes que desaparecieron de manera súbita e inesperada, a pesar de no estar en decadencia total, o a pesar de tener una estructura institucional. Nada podría haber anticipado el colapso total al que fueron sujetos por civilizaciones que, en algunos casos, eran de similar nivel de desarrollo, e inferiores en otros. Todo a pesar de tener una gran historia, o en algunos casos no estar en decadencia, haciendo impensable que algo de esta naturaleza podría ocurrirles.

Hanson empieza contándonos el caso de la Tebas griega³, una ciudad-Estado preeminente entre las ciudades-Estado de las polis helénicas. La tercera ciudad después de Atenas o de Esparta, cuna de muchos mitos griegos como el de Edipo. En su momento fue una de las polis más grandes y prestigiosas del mundo antiguo. También fue la cuna de generales míticos como Epaminondas⁴ quien convirtió a Tebas en potencia militar por encima de la tan afamada y guerrera Esparta. Sin embargo, tan solo tres décadas después de la muerte de este general, y a raíz de la muerte de Filipo II de Macedonia⁵, Tebas no supo medir el peligro al que se enfrentaba e ignoró la sed de venganza y conquista del hijo de Felipe II.

Esta prominencia cultural de los tebanos por tamaño e histórico legado y una absoluta arrogancia, la llevó a desafiar a un joven y aún desconocido Alejandro Magno, hijo del recién fallecido rey macedonio, que se había embarcado en una guerra contra el gran enemigo de Macedonia, los persas, para conquistarlos. Luego serían Egipto, Babilonia, la India y todo lo que se encontrara a su paso o se le opusiera. Los tebanos no supieron entender al enemigo que enfrentaban, por arrogancia, porque les parecía imposible que un joven inexperto, en apariencia

³ [https://es.wikipedia.org/wiki/Tebas_\(Grecia\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Tebas_(Grecia))

⁴ <https://es.wikipedia.org/wiki/Epaminondas>

⁵ https://es.wikipedia.org/wiki/Filipo_II_de_Macedonia

sin ninguna gran batalla a cuestas, fuera una amenaza real. Esto era algo que no podía pasar y que, además, iba contra toda lógica y experiencia pasada.

Esa arrogancia y desprecio ante tan insignificante enemigo hizo más sorprendente la destrucción que Alejandro Magno⁶ causó en Tebas. No solo fue el comienzo de una de las conquistas grandes de la Antigüedad, sino que terminó destruyendo lo que hasta ese momento era una muy respetada y querida ciudad, cuna de personajes importantes, y que fue incapaz de considerar lo imposible. Hanson hace similar análisis de otras tres civilizaciones que también sufrieron finales inesperados e impensables por sus ciudadanos, precisamente por esa arrogancia de sentirse superiores, históricas e intocables.

El segundo caso que analiza es Cartago, el histórico archirrival de los romanos que los hizo temblar con las tropas de Aníbal Barca. Este, en una de las primeras guerras púnicas, había cruzado el estrecho de Gibraltar, entrando por lo que es actualmente España, y rodeando el Mediterráneo europeo, Francia, Suiza y finalmente Italia. Estos guerreros llevaban un batallón con elefantes que eran poco conocidos por los europeos y hacían huir a los romanos ante el espectáculo de estos enormes animales, que cual gigantes, aplastaban como cucarachas a quienes trataban de repelerlos o enfrentarlos. Tal estrategia no solo aterrorizó a los romanos, sino que los tuvo asediados por quince largos años.

La historia del asedio cartaginense terminó convirtiéndose en historia de terror que servía para asustar a los niños e imprimir en los jóvenes romanos la idea de que Cartago era un rival temido y detestable. Este episodio llamado las guerras púnicas, pues fueron tres a lo largo de un periodo de 150 años, terminó creando la idea en los romanos de que Cartago debía ser destruida, que se convirtió en frase repetida en todos los discursos de senadores como Catón el Viejo, quien la incluía en cada discurso que daba en el senado.

Cartago había demostrado la superioridad de su estrategia militar; se confió de sus éxitos pasados e ignoró todas las señales que iban apareciendo en el camino de su eventual destrucción. A pesar de que en la tercera guerra púnica los cartagineses resistieron heroicamente el asedio de los romanos y estos casi pierden después de casi tres años de resistencia, un asedio por demás inimaginable de resistir por tan largo tiempo. La arrogancia una vez más apareció y no entendieron que las cosas pueden suceder a pesar de una aparente superioridad. A esto añádase la perspicacia de generales determinados a ganar la guerra, a como dé lugar, sin temor a las consecuencias o peor aún la corrupción interna de quienes estaban llamados a defender la ciudad asediada

⁶ https://es.wikipedia.org/wiki/Alejandro_Magno

(Asdrúbal) hizo que la temible e inexpugnable Cartago desapareciera en su versión original, pues luego fue reconstruida por aliados romanos con una población completamente distinta. El general cartaginense Asdrúbal estaba a cargo de la defensa de Cartago, y se convirtió en el traidor que negoció una salida en la cual salvaba su patrimonio, su vida. A pesar de su valentía en defender a la ciudad, no pudo resistir la tentación final en la hora más dura, la de salvar el pellejo y rendirse sin importarle perder a su familia y dejar que los sobrevivientes del asedio, unos 50 000 hombres, fueran esclavizados, repartidos en poblaciones vecinas, o exiliados como esclavos a Roma. Todo esto mientras la ciudad era destruida, cuadra por cuadra, hasta dejarla en ruinas y que desapareciera por completo.

El tercer ejemplo que nos relata Hanson es la conquista de Constantinopla, el último resto de lo que fue en su momento un esplendoroso Imperio romano de Oriente, la Roma imperial del Este. Fundada por Constantino en un pueblo de los bizantinos, el emperador que había cristianizado o convertido en cristiana al imperio, la hizo su capital imperial y buscaba ser más espléndida que la mismísima Roma. Este ejemplo es un poco distinto de los otros, pues Constantinopla había decaído y casi desaparecido en la cuarta cruzada (1202-1204) a manos de reinos cristianos que la saquearon sin importarles su herencia histórica y sin enfocarse en el objetivo de la cruzada, que era defender a los cristianos de los musulmanes que aterrorizaban con conquistar el resto de Europa. Lo que quedaba para 1453, cuando los otomanos del ascendente Imperio musulmán que amenazaba al mundo occidental, era una pobre sombra del esplendoroso Imperio romano de Oriente después de casi mil años de sobrevivencia a la caída del Imperio romano de Occidente. Si bien Constantinopla era un espectro, un fantasma que sobrevivía de sus glorias pasadas, contaba con defensas descomunales que nunca habían podido ser franqueadas por quienes se habían enfrentado a ellas. Era una ciudad que estaba preparada para —de haber tenido el apoyo del resto de la cristiandad, a tiempo y en recursos— resistir a un joven y aún no probado sultán Mehmet II. Su juventud y pura ambición hacían imposible considerarlo un rival serio frente a los ojos de una ciudad con tan formidables defensas, con muros que rodeaban toda la ciudad en doble perímetro y con enormes cadenas en el mar que les permitían control absoluto del acceso a las murallas que protegían su flanco marítimo. El asedio, como en los otros casos, fue brutal y requirió de parte de Mehmet II muchísimo ingenio y persistencia para convertirse en el vencedor. Asimismo, requirió de maquinaria pesada y cañones que, a pesar de ser sumamente ineficientes y que nunca se habían utilizado en tamaños tan descomunales, junto con los errores de los arrogantes defensores de Constantinopla, confiados de que no caerían o que serían rescatados a tiempo por el resto de la cristiandad.

Lo impensable terminó pasando, pues si bien nadie se esperaba la derrota, muchos que podrían haber ayudado en la cristiandad prefirieron ignorar los pedidos de ayuda de los romanos de Oriente. Mucho de esto fue por resentimientos pasados y envidias de potencias que no supieron apreciar lo que se perdía con la caída de Constantinopla, pero no podemos ignorar que esta había sido una ciudad arrogante e implacable con otros en momentos pasados de dificultad. Una vez más el creer que no pasaba nada y que lo impensable era imposible de que sucediera, llevó a los derrotados a darse cuenta demasiado tarde de que la ayuda de los otros reinos cristianos no llegaría a tiempo y que los asediados estaban solos. Añádase a eso, un ambicioso rival dispuesto a hacer todo lo posible para lograr su objetivo y es imposible imaginarse otro resultado diferente.

En el último análisis que nos hace Hanson sobre el fin de estas civilizaciones está el caso de la caída de Tenochtitlan. En tiempos modernos es fácil creer que los europeos con armas de metal, quienes disparaban pólvora con perdigones y ruidos aterradores para los nativos, lo tuvieron fácil; no se dan cuenta que a duras penas pasaban del millar de españoles que se toman la ciudad, de mayor tamaño, mucho más que las grandes ciudades europeas de ese momento. Por otro lado, la repugnancia que causó en los españoles la cultura del sacrificio humano en la cima de la pirámide, donde según se ha estimado, se acuchillaba y arrancaba el corazón de 30 000 seres humanos anualmente, muchos de ellos esclavizados o cazados como animales, en ritos salvajes que eran la pesadilla de los recién llegados.

Un espectáculo grotesco, no visto los europeos siquiera en 1500 años desde que se había destruido Cartago que tenía como costumbre sacrificar niños, o ya en el mundo occidental, los espectáculos de salvajismo de luchas entre fieras y gladiadores en los coliseos y foros romanos que se hicieron hasta el año 404⁷ ante la denuncia valerosa de un monje cristiano, poco antes de la caída del Imperio romano, que denunció la incompatibilidad del espectáculo con la fe que empezaban a abrazar los romanos. El cristianismo con su enfoque en la creación del hombre hecho a imagen y semejanza a Dios había dado lugar a la idea de que el cuerpo de los seres humanos era como el de Dios y por lo tanto sagrado, había cambiado las actitudes de los cristianos sobre la inviolabilidad del cuerpo humano y lo importante de no destruirlo o sacrificarlo y que tenían una dignidad propia que requería respeto por parte de cualquier persona a pesar de su origen o condición social.

⁷ <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-432/gladiador-romano/>

Los aztecas eran el terror de las civilizaciones o pueblos circundantes y estos vivían un auténtico régimen del terror, temerosos de ser capturados en las constantes guerras necesarias para capturar víctimas, para el sacrificio que demandaban los dioses de su religión. Para Hanson (2025), lo más importante en estos sacrificios era que esta idea de que había que sacrificar a seres humanos requería la captura de las víctimas con vida, por lo tanto, era muy diferente la forma en que se hacían las guerras en Mesoamérica.

De nada servía matar en el combate al enemigo si este no podía ser sacrificado y ofrecido a los dioses en la pirámide para sus ritos. Los españoles, al contrario, no estaban interesados en hacer ningún sacrificio, sino más bien, acabar con esta práctica tan bárbara; y estaban en condiciones de superioridad, no buscaban preservar la vida de quienes se oponían, buscaban dominar al enemigo, proteger a sus tropas y aliados. Por otro lado, los españoles tenían que respetar las Leyes de Indias de 1512 y los objetivos de evangelización que les brindaba legitimidad para la conquista y, por lo tanto, no estaban interesados en el exterminio final de dicha civilización pues hacerlo era destruir su objetivo evangelizador. Las formas de guerra de los aztecas, en comparación, eran tremendamente ineficientes, frente a los métodos españoles, infligir el mayor daño posible en el momento y proteger a las tropas aliadas lo más posible.

Hanson (2025) añade otros factores en esta guerra que hacían los aztecas, como la búsqueda del mayor honor posible de sus guerreros que, junto con aumentar el número de capturados vivos, hacía que sus tropas no pelearan en equipo, sino individualmente para demostrar la valentía y habilidad de sus guerreros. Una maquinaria española coordinada hacía que, a pesar de la ferocidad de los sacrificios y la evidente ventaja numérica, los nativos terminaran perdiendo; sus objetivos eran diferentes y había excesivo énfasis en el honor y la habilidad de guerreros individuales y no del grupo de guerreros. No fueron los únicos factores que hicieron más fácil la conquista de los aztecas, hubo otras razones como entender rápidamente el problema político de las tribus vecinas, agotadas de ser tratadas como ganadería o materia prima para el sacrificio, que hacía muy fácil a los españoles convencerlos de la superioridad de aliarse para combatir al enemigo común.

Cortés no era solo un hábil estudioso de la política, que se dio cuenta de los problemas de los objetivos del combate de los nativos, sino además fue un estratega que supo planificar y entender cómo conseguir pólvora cuando esta escaseaba, cómo subir a la caldera de un volcán activo para recolectar azufre, necesario en la fabricación de la pólvora.

Otra genialidad fue el hacer toda una estrategia para armar una pequeña flota marítima para asediar una ciudad flotante, el ombligo del Imperio azteca, inexpugnable a menos que se tuviera una flota. Esto lo llevó a construir en medio de un valle que carecía de accesos navegables y que era imposible de llegar por vía marítima al sitio del asedio, pero que requería su construcción en un lugar cercano y los botes cargados por los armadores locales.

En estos ejemplos presentados por Hanson (2025) en este libro harto interesante por el contexto histórico que nos brinda, es entre otras cosas, como lo he dicho a lo largo de esta reseña:

- Creer que lo imposible no es posible.
- La arrogancia de creer que lo que nunca ha ocurrido no puede ocurrir; el primer paso hacia el desastre.
- Descuidar o menospreciar la ambición personal de los atacantes.
- Asumir la incorruptibilidad, en situaciones extremas, de quienes tienen a su mando las defensas. No es imposible pero ciertamente ante el peligro muchos prefieren salvar el pellejo y no morir como mártires.
- No importa qué tan fuerte sea la civilización que pierde, importa en muchos casos el saber detenerse a tiempo y negociar finales dignos y honrosos.
- La necesidad de extender la resistencia a los asedios hasta el punto de generar odio a la resistencia, puede terminar de convencer a los atacantes de que la única paz posible, sea la aniquilación total del enemigo. Lo vemos cuando Catón el Viejo pregonaba contra los cartagineses, después de más de 150 años de guerras y contra guerras, que Cartago tenía que ser destruida.

Nos cuesta imaginar aniquilaciones de civilizaciones en un mundo con ONU, OTAN, organismos multilaterales, control de armas nucleares, y acuerdos de guerras honorables y justas, pero esa sensación de seguridad es precisamente el riesgo. También tendemos a ignorar las señales modernas de problemas, como excesiva deuda o descalabro económico de muchos países que los vuelven vulnerables a la rapiña de estados más grandes o que compiten, o pensar que tal vez nuestra civilización sea más resiliente debido a su gran desarrollo tecnológico, y que las preocupaciones filosóficas sean exageradas ante la decadencia moral de la juventud, sus ciudadanos o de las élites. Si algo nos recuerda Hanson (2025) es precisamente que a veces esa terquedad en ignorar la realidad o ser arrogantes y creer que algo así no nos pueda pasar, o el menospreciar e ignorar a ciertos líderes por ser incompetentes o extremos, nos va a salvar de llegar a un final impensable.

Hanson (2025) nos llama a considerar las amenazas por más mínimas que estas sean y a tomar con seriedad los problemas sin importar qué tan ricos y poderosos seamos o qué tan lejanos en el tiempo parecen estos episodios de destrucción total y barbárica. La seguridad y la permanencia en el tiempo es una disciplina de todas las civilizaciones que perduran en el tiempo, no un derecho adquirido. Creer que algo así nunca nos podría pasar es evidente muestra de soberbia y arrogancia, y podría ser el génesis de la decadencia y destrucción, en el momento menos esperado, de una civilización pujante y extraordinaria.

Rómulo López
Archbridge Institute
romulol@gmail.com

Referencias

- Cartwright, M. (27 de septiembre de 2022). Gladiador romano. *World History Encyclopedia en español*. <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-432/gladiador-romano/>
- Hanson, V. D. (2025). *El fin de todo: Cómo las guerras conducen a la aniquilación*. Ático de los libros.
- Wikipedia contributors. (s. f.). *Alejandro Magno*. Wikipedia. https://es.wikipedia.org/wiki/Alejandro_Magno
- Wikipedia contributors. (s. f.). *Epaminondas*. Wikipedia. <https://es.wikipedia.org/wiki/Epaminondas>
- Wikipedia contributors. (s. f.). *Filipo II de Macedonia*. Wikipedia. https://es.wikipedia.org/wiki/Filipo_II_de_Macedonia
- Wikipedia contributors. (s. f.). *Tebas (Grecia)*. Wikipedia. [https://es.wikipedia.org/wiki/Tebas_\(Grecia\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Tebas_(Grecia))

Derechos de autor © 2025 Rómulo López



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)

Declaración de conflicto de intereses

El autor de este artículo declara que no tiene vínculos con actividades o relaciones que pudieran haber influido su juicio de forma inapropiada, como relaciones financieras, lazos familiares, relaciones personales o rivalidad académica.

Financiamiento

El autor no recibió financiamiento para escribir este artículo.